

» piración y me resguarda de las picaduras de los mosquitos; pero vos ¿por qué razón vais lleno de polvos blancos? (esta era la moda de entónces) ¿por qué desperdiciáis así vuestra harina, mancháis el vestido y aparentáis tener canas ántes de tiempo?»

Generalmente los Indios no se rien, hablan muy poco, y su rostro no revela admiración ni aflicción. El jefe de la casa, despues de permanecer ausente muchos días, á su regreso no dice una palabra de cuanto le ha pasado. La voracidad los reduce á abstinencias involuntarias. Los afectos sociales se limitan á un círculo muy estrecho, fuera del cual no hay mas que ira; sus instintos de piedad son muy débiles; ejercen crueles venganzas, y hacen padecer á sus enemigos largas agonías. Es tal su desprecio de la vida, que se reunian en número de mas de cincuenta para beber el jugo venenoso del giatro. Otros celebran las solemnidades con actos de un valor feroz, exponiendo sus cuerpos á los mas crueles martirios.

La imprevisión habitual, los juegos exclusivamente de fuerza, ó cuando mas de agilidad, y los cultos groseros, prueban lo poco que la razón influía para moderar la naturaleza de los Indios. No teniendo que trabajar para sostener su vida, contraían el hábito de la pereza, y solo en ciertas ocasiones se entregaban á fatigas extraordinarias, que consistian principalmente en remar y emprender largas marchas. La caza era para ellos no una diversion, sino la ocupación que preferian á todas, y para la cual se proporcionaron armas, supliendo con los huesos y las piedras la falta del hierro que no conocian. Hacian uso de venenos sutilísimos para herir con una muerte irreparable. Los Indios de la Patagonia son singularmente robustos, y tanto los hombres como las mujeres se suben con extremada agilidad á los árboles, atraviesan los vallados, pasan los ríos y luchan á la carrera con los caballos, siempre que no sea por obedecer una órden.

Los Americanos, aunque situados á orillas de los ríos mayores de la tierra y bañados por tan vasto mar, no llevaron el arte de la navegación mas allá de la construcción de simples piraguas; en las cuales, sin embargo, arrostraban los peligros y trababan terribles combates, con tanta mas seguridad cuanto que nadaban como si fuesen anfibios. Algunos ni siquiera conocian el fuego; otros lo encendian por medio de la frotación. Para preservarse de los animales nocivos, dormian en lechos colgados, que hemos aprendido de ellos á llamar hamacas. Eran extremadamente sobrios, teniendo bastante seis con la comida que no saciaba á un Español, no obstante ser los Españoles el pueblo mas parco de Europa. Habian aprendido á proporcionarse licores capaces de embriagar; pero luego que conocieron el aguardiente, se apasionaron tanto por él, que daban sus bienes y hasta sus hijas con tal de obtenerlo. Lo vertian sobre los muertos, compadeciéndolos

en atención á que ya no lo podian beber.

Mientras que en la cuna de nuestras sociedades se encuentra la vida pastoril y agrícola, en América no se conocian los rebaños, y apenas se cultivaban los campos. La leche, tan comun en el antiguo mundo, no se usaba entre ellos, y tampoco supieron sacar partido de los innumerables bueyes de almizcle, bisontes y otros rumiantes que poblaban las inmensas llanuras del Misuri y del Misisipi. Debian, pues, carecer de la verdadera idea de propiedad, y aun en aquellos puntos donde obligaban á las mujeres á sembrar la tierra, la cosecha era comun lo mismo que el trabajo; así ni habia ricos ni pobres.

Su habilidad en las artes se reducía á fabricar armas; no se cuidaban de las habitaciones, viviendo amontonados en ellas siempre que el clima no les invitaba á quedarse al raso. Poseían muy pocos utensilios domésticos; comian los frutos tales como los produce la naturaleza, asaban la carne de los animales y de los peces, ó cuando mas, la hacian hervir en una concha de tortuga. El pan de cazabe lo sacaban de la raíz de la yuca, raspándola.

Al paso que eran tan ignorantes respecto á las comodidades de la paz, habian adquirido ya la terrible ciencia de la guerra, y á la conquista de los Españoles coadyuvaron no poco las hostilidades de las tribus ó de las naciones entre sí. En estos combates desplegaban todo el horror, sea de sus aspectos, sea de sus armas, y al reves de lo que solemos suponer gratuitamente en los salvajes, acudian á menudo á la astucia, no mirando como infame el engañar ni sorprender al enemigo, y buscando el mayor daño con el menor peligro posible. Las expediciones eran cortas, sin preparativos, sin constancia: al día siguiente de haber dado una batalla sangrienta, los vencedores y los vencidos estaban de vuelta en sus chozas. Léjos de ser glorioso sucumbir con las armas en la mano, lo consideraban como signo de la reprobación divina, y no juzgando suficiente matar á sus enemigos, se los comian. Hacian padecer al prisionero tormentos prolongados, gozándose en el espectáculo de su agonía, mientras que este, dando muestra de valor, respondía á los insultos con insultos, y enumeraba sus hazañas, recordando al uno que le habia muerto á su padre, al otro que le habia privado de su hermano, y cantando. Las mujeres y los niños asistian á aquel degüello, que excitaban con pinchazos, y si no podian de otro modo, con palabras mordaces; salpicaban con sangre á sus pequeñuelos para que aprendiesen á morir como hombres, y despues que el prisionero habia exhalado el último suspiro, cocian su carne y la devoraban. ¡Con qué tranquila ferocidad degollaban los sacerdotes de Méjico centenares ¿qué digo? millones de víctimas humanas, á la vista del pueblo ávido de su sangre! Los dientes de los vencidos les servian de collares, un monton de cráneos de trofeo, sus huesos de flautas en la guerra.

Armas

Para llegar á esto, exponian su constancia á las mas duras pruebas. Á veces dos jóvenes, varon y hembra, despues de atarse entre sí por un brazo, colocaban en medio un tizon para ver quién resistia mas. En el Orinoco, el guerrero que aspiraba á ser jefe de su tribu, se sometía á largos ayunos; al cabo de ellos recibia de cada jefe tres golpes dados con un palo, sin deber manifestar la menor señal de dolor; luego se tendía en una estera con las manos atadas, y se le aplicaban ciertas hormigas venenosas, cuya picada, fuera en la parte que fuese, debia hallarle insensible. No bastaba esto: envuelto en hojas de palmera, se encendía debajo de él un fuego de fetidísimo humo, el cual á veces llegaba á ahogarle. Si resistía á tales pruebas sin quejarse, se le juzgaba digno de mandar á hombres.

Estos son medios á propósito para hacer predominar aquel amor de sí mismo, que no quiere sufrir nada por los demas, ni se cree obligado á nada por agradecimiento ó por afectos de familia. Los Americanos contraían ademas el hábito del disimulo, de suerte que permanecieron ignoradas de los suspicaces Españoles varias conjuraciones en que estaban complicados millares de individuos.

Los mas conocidos entre los salvajes son los del Paraguay y del Rio de la Plata. Los Charruas, población feroz que anda errante desde Maldonado al Uruguay, jamas pudieron ser avasallados, y los Españoles no lograron alejarlos de la costa hasta fundar á Montevideo en 1724; los que habitaban al Levante del Uruguay se han mantenido hasta el día libres y amenazadores. Son de alta estatura, morenos, con los cabellos espesos y largos, sin barba, sucios; las mujeres se complacen en tener sobre la lengua pulgas y piojos, y ni hilan ni cosen; constituyen su vivienda ramas de árboles encorvadas y su lecho es una piel. No cultivan la tierra; asan la carne de los animales que cazan. Su cara no expresa ninguna de las pasiones que los agitan interiormente; hablan poco, se rien ménos; ni cantan ni tocan ningun instrumento; no conocen la servidumbre de unos respecto de otros; no tienen culto; los jefes de familia atienden juntos á la seguridad comun y dirigen los ataques, en los cuales despliegan terrible habilidad, habiendo conseguido mas de una vez poner en fuga á los Españoles. Cuando un padre de familia muere, los varones ya adultos se someten á los mas atroces tormentos.

Pampas. Tambien son muy feroces los de las pampas, que habitan en las llanuras al Mediodía de Buenos Aires; estos, ademas de no doblar nunca su cerviz al yugo, causaron pérdidas considerables á los Españoles. Cinco de ellos, hechos prisioneros, fueron enviados á Europa en un buque tripulado por seiscientos treinta hombres, y despues de cinco dias de viaje, habiendo obtenido un poco de libertad, se concertaron entre sí echaron mano de las armas, mataron

á muchos, hasta que viéndose abrumados por el número, se precipitaron al mar.

En la pampa del Sacramento, entre el Uallaga y el Ucayal, y en los parajes próximos al Perú Interior, los indígenas eran blancos, las mujeres hermosísimas, y ponian tal esmero en la perfección corporal, que mataban á los recién nacidos defectuosos, y á los demas les sujetaban con fajas las diversas partes del cuerpo á fin de reducirlas á la belleza convencional, comprimiéndoles la cabeza entre planchetas, de modo que se asemejasen, segun decian, á la luna llena. Hablaban idiomas muy variados, y lo parecían todavía mas á causa de las modulaciones que afectaban dar á la voz cuando pronunciaban las palabras. Los matrimonios se arreglaban desde que el niño estaba aun mamando, y aunque no eran indisolubles, por lo comun solo la muerte separaba á los esposos. Se figuraban á Dios como un anciano que habita en el cielo; pero no le consagraban altares ni templos, y creían que su aparición en nuestro globo produce los terremotos. El genio del mal, segun ellos, reside debajo de la tierra, ocupado en dañar á los mortales por obra de los moanes, hechiceros que los Indios empleaban como médicos y que eran castigados á menudo, cuando enfermaba ó moría alguna persona querida ó poderosa. Despues de esta vida hay otra, donde los amigos y parientes se encuentran, y recorren en medio de fiestas la vía láctea, bebiendo, comiendo y cazando. Algunos creían tambien en la trasmigración de sus almas á los cuerpos de animales mas ó ménos felices. Cuando moría una persona amada, se reunian y daban alaridos imitando los gritos de diferentes animales; luego quemaban la cabaña del difunto, con todas las cosas que le habian pertenecido en vida, y al difunto mismo, y recogian sus cenizas en un vaso, que depositaban en un lugar desierto, borrando toda huella capaz de descubrir la sepultura, y prohibiendo hasta nombrarla: á veces las viudas se tragaban aquellas cenizas. Los Capanagas asaban y se comían los cadáveres; los Roa-Mainas, cuando creían que las carnes estarían ya consumidas, desenterraban los esqueletos, los limpiaban y depositaban en un féretro de barro cubierto de jeroglíficos, colocándolos en las cabañas como objetos de veneración.

Á costa de mucho trabajo conseguían afilar las piedras para convertirlas en hachas, y uno de ellos ofreció al jesuita Richter su hijo primogénito, si le proporcionaba aquella arma. El misionero le reprendió por su falta de amor paterno, y él contestó: «Amo á mi hijo; pero puedo procrear cuantos hijos quiera, al paso que jamas me será dable procrear un hacha.» ademas, mi hijo me pertenecerá poco tiempo, y el hacha siempre.» Sin embargo, con sus toscas lanzas y flechas envenenadas, y con sus palos endurecidos al fuego, empeñaban encarnizadas batallas, acometían al yaguar, y cogían los peces que se presentaban apenas á la flor del agua.

Patago-
res.

Los Patagones, descritos como gigantes por los primeros viajeros, solo parecen mas altos que los demas por el modo que tienen de ataviarse (1). Se cubren con una gran piel de vicuña que les llega mas abajo de la rodilla; se pintan de negro el contorno de los ojos y el intervalo que los separa, como si llevaran anteojos; se cortan derechos los cabellos erizados, y se los sujetan á la cabeza con una banda, en la cual colocan sus flechas para ir á caza, y se pintan el cuerpo y la cara de varios colores. Cuando han adquirido caballos y perros, usan espuelas de hueso y de piedra; de piedra y de hueso son la punta de sus lanzas y sus flechas y el corte de sus hachas; tambien se sirven magistralmente de la honda. Sus chozas están formadas de pieles sostenidas por estacas, y si ven al Europeo dibujarlas ó escribir, le interrumpen, considerándole ocupado en una operacion mágica y temible. Viven como nómadas, y van á la caza de los avestruces y de las vicuñas. Adoran á Chetebol y Cheluda: al salir la luna aullan y gesticulan; inmolan un caballo á la muerte de los principales de entre ellos, y continúan sus alaridos durante meses enteros (2).

Los Americanos se hallaban, pues, en decadencia cuando llegaron los Europeos á sus comarcas. Colon calculó en un millon el número de los habitantes de la Española; la viruela mató allí ciento veinte mil, en Cuba la mitad, en el continente seis millones; pero estos cálculos son arbitrarios, y si habia, en efecto, territorios donde la poblacion era numerosa, demasiados espacios permanecian abandonados á una naturaleza inhospitalaria. Algunas naciones, que habitaban entre el Rio San Lorenzo y Méjico, como tambien las de Chile, la Araucania y la Patagonia, mostraron un horror tenaz á la dominacion extranjera, y la rechazaron con toda su fuerza. Por el contrario, los que vivian entre los trópicos acostumbrados á una existencia mas tranquila por lo agradable del clima, no conocieron la intrépida resistencia que rechaza las invasiones. En Méjico (3), y en

(1) Segun D'Urville, su estatura ordinaria es 1,722 m.; segun d'Orvigny, de 5 pies y 4 pulgadas.

(2) *Monthly Review*, febrero 1834.

(3) El P. Toribio de Benevento señala diez causas á la pronta despoblacion de Méjico: 1.ª La viruela, llevada allí en 1520 por un Negro, esclavo de Narváez, y que destruyó la mitad de la nacion. Torquemada enumera otros dos contagios en 1545 y 1576, que hicieron sucumbir, el primero ochocientos mil personas, y el segundo mas de dos millones. La viruela penetró posteriormente en el Perú; pero no fué menos mortífera. 2.ª El hambre, que mató á muchísimos durante las guerras con los Españoles, y principalmente en el sitio de Méjico. 3.ª La escasez que siguió á la toma de esta ciudad, por efecto de la interrupcion de los trabajos agrícolas. 4.ª Las rudas fatigas impuestas por los Españoles á los que les habian tocado en el reparto. 5.ª Las contribuciones en extremo onerosas, de que no estaba exento ningun Indio. 6.ª Los muchos Indios empleados en recoger el oro en los torrentes, sin alimento suficiente, y expuestos allí á los frios de los países elevados. 7.ª Las fatigas para reconstruir á Méjico, obra que Cortés hizo emprender con tanta premura, y en la cual sucumbieron en gran número. 8.ª La esclavitud á que fueron reducidos muchos, bajo diferentes pretextos. 9.ª Los trabajos á que se les condenó, sobre todo en las minas, cuyas inmediaciones estaban sembradas de cadáveres y oscurecidas por nubes de cuervos que acudian á

el Perú los pueblos, esclavos de una raza dominante, se cuidaron poco de defenderla y se sometieron. Desaparecieron de las Antillas los primitivos habitantes; pero no sucedió lo mismo en el continente; ántes bien en el país meridional van en aumento de dia en dia. Los pueblos amantes de su territorio, como acontecia á los que se dedicaban á la agricultura y á los que habitaban en las alturas de Méjico, soportaron las vejaciones de los vencedores sin abandonar el suelo cultivado por sus padres. Los que vivian nómadas en las comarcas septentrionales, abandonaron á los conquistadores las sabanas, donde llevaban á pastar sus búfalos, refugiándose al otro lado del Gila. Los del Canadá se retiraron á los montes Alleganis, luego detras del Ohio y últimamente al Misuri. Esta es la razon de encontrarse muy pocos individuos de raza cobriza en las provincias interiores de la Nueva España y en las comarcas cultivadas de los Estados Unidos, al paso que se calcula que aun despues de tantos desastres, las dos terceras partes de la poblacion de Méjico son indígenas, y lo mismo sucede en todas las colonias de la tierra firme meridional. Los estadistas modernos calculan que de diez habitantes de la América, nueve son de la raza primitiva (1), lo cual debe entenderse especialmente con alusion á los países colonizados por Españoles. Estos, mezclándose con los indígenas, han mejorado la estirpe india: al paso que los Ingleses casi no han observado otra conducta mas que la de expulsarlos y suplantarlos.

Los que permanecieron aislados (*Indios bravos*) siguen aun en el estado salvaje; tienen á la vista el caballo, el buey, las hermosísimas praderas que devastan de tiempo en tiempo, y sin embargo viven expuestos al hambre, sin mas alimento que el que les proporcionan la guerra y la caza, y sin haber contraído de los Europeos mas que la embriaguez y las enfermedades mortíferas. Por el contrario, en algunas naciones la introduccion del buey y del caballo produjo una revolucion capital, pues se convirtieron en verdaderos Tártaros para asolar el territorio de sus vecinos, como los *Cavalleros* y los Araucanos, ó semejantes á los nómadas del Asia, como los Zambos (2), apacientan

devorarlos. 10.ª Las guerras civiles de los Españoles, durante las cuales se empleaban á los Indios como *tamenes*, es decir, bagajes.

Ulloa indica, al hablar del Perú, otra causa como una de las principales, á saber: el abuso de los licores, que, en su concepto, mata mas gente en un año que las minas en medio siglo.

(1) Tal es la opinion de Humboldt, mientras que Balbi cree que la proporcion apenas llega á una cuarta parte; pero ambos comprenden cuán difícil es averiguar, ni aun aproximadamente, el número de aborígenes que quedan en América. Los Estados Unidos trataron de reconocer despues de 1815 los que existian todavia en el territorio de la Union. Chevalier (*Lettres sur l'Amérique du Nord*) los calcula en 513,000; Harris, comisionado para los negocios de los Indios, en 332,498; Crawford, en 305,395. Los Estados Unidos hacen los mayores esfuerzos para librarse de sus ataques, obligándolos á trasladarse á millares al Oeste del Misisipi y de los Estados de Arkansas y del Misuri, y desde 1828 á 1838 hicieron emigrar á 81,282.

(2) Hemos dicho que llaman *Mestizos* á los que han nacido

innumerables rebaños en las provincias del Brasil y del Rio de la Plata. Á la extremidad meridional, en el Archipiélago de Magallanes, los Pechereses no viven sino de ostras y otros moluscos, y por lo mismo están distribuidos en familias en los sitios donde pueden hallar este alimento. Los establecimientos colombianos se ven amenazados siempre por los feroces Guáivas, mientras que los estúpidos Otomacos que habitan á orillas del Orinoco viven muchos meses sin comer mas que tierra.

Si alguno dedujese de aquí que los Americanos, sin la conquista europea, hubieran permanecido constantemente en su brutalidad primitiva, le recordáremos que la Rusia y la Escandinavia yacian en la barbarie cuando la civilizacion florecia ya en las llanuras del Anahuac, y que toda la raza esclava podia considerarse poco superior á la americana. Pero ¡cuán grande aptitud mostraron para civilizarse! Los Mejicanos, Peruanos y Muisquios manifestaron una inteligencia superior, y de la antigua raza americana salieron ilustres escritores, tales como Garcilaso de la Vega, Ixtlixochitl el Ciceron americano, Nica, Tezozomoc, Ponce, Tobar, Camango, Ayala, Zapata, Castillo, Ghimalpáire, Doña María Bartola. Pero aun estos pueblos mas adelantados se hallaban en decadencia en tiempo de la conquista; muchos de sus antiguos recuerdos se habian perdido, y quizá iban todos á supultarse en el abismo de los siglos, si no hubieran llegado los Europeos.

Los demas indígenas aparecen inferiores en inteligencia, aun respecto de los Negros, si bien exceden á estos en la finura de los órganos, y no han podido llegar por medio de la educacion mas que á imitar servilmente, aunque con exactitud, las artes europeas. La violencia de los conquistadores y la longanimidad de los misioneros no han conseguido civilizar las poblaciones indígenas, que á la primera oportunidad que se les presenta, vuelven á la vida libre de los bosques, sin llevar á estos mas que el uso de las armas y de los caballos. Ni aun la paciencia de los Jesuitas bastó para obtener resultados, á no ser en las tribus agrícolas, y solo ha podido lograrse una ventaja decidida con el cruzamiento de las razas.

Raynal y Paw aseguran con su ligereza acostumbrada, que la raza americana degeneró á causa de los rudos trabajos de las minas; pero Humboldt ha visto á los Indios resistir durante seis horas un peso de doscientas veinticinco libras de mineral, subiendo ocho ó diez veces una escalera de mil ochocientos peldaños, con una temperatura elevadísima, y á muchachos de diez y seis años llevar al hombro cien libras de peso.

Pero se juzga mal de un pueblo mientras que

de un blanco y una Americana, ó al contrario; Mulatos, á los que han nacido de un blanco y una Negra; Zambos, á los que proceden de un Negro y una India. Infinitos nombres designan las gradaciones de estas mezclas de color.

las cadenas tienen humillada su frente hasta el suelo. El grito de independencia resonó en nuestro siglo desde los Alpalaches á la Patagonia, y en aquellas violentas agitaciones, semejantes á las tempestades que purifican el aire y llevan á lo lejos las útiles semillas, se vió aparecer la fuerza de carácter, la agudeza de ingenio, ambiciones obstinadas, propósitos firmes, heroísmo verdadero. Así, pues, el que tenga que escribir la historia de la América regenerada, hallará hechos no menos gloriosos al lado de otros no ménos vituperables que los que presenta la historia de los pueblos mas avanzados en civilizacion.

CAPÍTULO XV

Producciones de la América.

Los primeros descubrimientos, en lugar de ser dirigidos por la prudencia de gobiernos conocedores de las oportunidades y las aplicaciones, fueron abandonados á hombres ávidos de dinero ó de gloria, muchas veces perversos; la accion alternativa de ambos móviles produjo la extraña union de heroísmo y crímenes, de religion y perfidia, de atrocidades y proezas apenas creíbles. En el valor de los conquistadores habia algo de entusiasmo caballeresco que en la edad média hacia correr en busca de aventuras peligrosas, y algo, y mas tambien del espíritu de los guerrilleros que combatian por el lucro, y ejecutaban con alma heroica empresas ajenas al sentimiento.

La misma dificultad de tales empresas los incitaba á querer sacar de ellas el mayor fruto posible, con objeto de concluir pronto y no verse obligados á intentarlas de nuevo para llegar á ser ricos. Deseaban ademas desplegar en su patria grande opulencia, pues así evitarian que se burlasen de su precipitacion en haber ido tras de vanas ilusiones. De aquí resultó el furor que hizo tan deplorable la primera irrupcion; de aquí el mal espíritu que invadió la Europa, distrayéndola de las vías regulares de la produccion para lanzarla á la de los riesgos y de las ganancias repentinas. En las nuevas colonias se siguió por desgracia igual conducta que en las antiguas, tratando de explotarlás en beneficio únicamente de la metrópoli, someténdolas con tal fin á leyes especiales, y obligándolas á vender barato y comprar caro. Los actos lícitos en Europa se consideraron como delitos en las posesiones de Ultramar; debian nivelarse la produccion y el consumo, multiplicarse leyes y disposiciones que favorecian á todos, ménos á los gobernados, y hacer de ellas una escuela de inmoralidades fiscales y mercantiles: habiendo estas echado raíces tan profundas que las doctrinas de los economistas sucesivos y las costosas lecciones de la experiencia no han logrado aun extirparlas.

Los metales preciosos constituyeron el principal motor de las conquistas, así como su prin-

Metales.